

caristía, y no tardaría en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con lo necesario, y suplamos con nuestro fervor y devoción las horas que no hayamos podido dedicar á la preparación.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introducción* la línea de conducta que seria de desear que todos nosotros observásemos. «La vispera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana, al despertarte; saluda de antemano al divino Salvador que te está aguardando. Al ir á la Iglesia, ofrece tu Comunión á la Santísima Virgen, y recibe luego con el corazón lleno de amor á Aquél que se da por amor.»

Persuádate de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees de veras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres, cuando estos sabían que había cumplido con

sus deberes religiosos: pues bien, este niño se las componía tan bien, que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salía secretamente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada día, tanto en Invierno como en Verano, á misa primera, á fin de que, estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad, inspírate en iguales sentimientos de fe y amor, y también tu encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.*

VII

Mas al comulgar mi corazón se queda frío é insensible; estoy distraído y no siento el menor fervor, la menor devoción

Cuando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de aquel que había entrado en su barca, se arrojó á los piés de Jesús, y le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum.* «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pe-

cador.» Y el buen Maestro le contestó: *Noli timere*: «No temas.»¹

No temas tú tampoco: ¿no entregaste tu corazón á Dios? ¿no quieres servirle bien y fielmente? Pues no te pide más. Las distracciones deben humillarnos, no desanimarnos; está seguro de que la mayor parte de las veces no son voluntarias, y, por lo tanto, no nos privan del fruto de nuestras Comuniones. Si tienes buena voluntad, buena será también la Comunión.

¿Piensas que los Santos no experimentaron también esas tristezas, ese tedio, esa privación de todo consuelo sensible, esas importunas distracciones de que te quejas? San Vicente de Paul sufrió por espacio de dos años enteros tan gran sequedad de espíritu, que ni aun podía formular un acto de fe; y como el demonio se aprovechara de su situación angustiosa para turbar la paz de su alma con fuertes tentaciones, el Santo puso sobre su corazón, cosido en la sotana, el Credo que había escrito al efecto, y una vez por todas convino con Nuestro Señor que cuando pondría la mano sobre aquella fórmula se entendería que hacía los actos de fe y piedad que no le permitía el estado interior de su alma. Permaneciendo incontrastable en su fe, continuó sus ejercicios espirituales, sin dejar uno solo, celebrando cada día la Misa. Y pregunto ahora: ¿eran buenas sus Comuniones?

¹ Luc. V, 8.

Fenelón pasó los últimos años de su vida sufriendo penas iguales, y escribía á su piadoso amigo, el duque de Beauvilliers: «Experimento una sequedad de espíritu terrible, y la paz de que gozo es muy amarga.»

Estas son las pruebas con que el Señor purifica comunmente á todos sus verdaderos servidores; esta la vía ordinaria por donde lleva á sus escogidos á la cima de la perfección cristiana; y precisamente la Comunión frecuente es, según Santa Teresa, el mejor remedio para esas almas desoladas.

Por otra parte, muchas veces la sagrada Eucaristía obra en nuestra alma sin que lo echemos de ver, como observa San Lorenzo Justiniano; y el gran doctor San Buenaventura añade: «Aunque te sintieras tibio y sin devoción, no debes por eso dejar de acercarte á la sagrada Mesa; porque, cuanto más enfermo estuvieres, más necesidad tienes de médico.»¹ Un santo sacerdote, director de Seminario, me decía igualmente cierto día: «Temo menos la negligencia en la Comunión, que la negligencia de la Comunión; siempre la muerte es peor que la enfermedad.»

La Eucaristía es el foco del amor de Dios; luego cuanto más frío te sientas, tanto más cerca debes ponerte de ese fuego que despide ardores divinos.

Además, ¿no tendrías tú la culpa de esa sequedad que tantas inquietudes te causa? ¿Pones mucho cui-

¹ De Perfect. Relig., cap. XXI.

dado en evitar las faltas veniales? ¿Te guardas mucho de disgustar al Espíritu Santo? Ordinariamente las infidelidades de esta clase tienen por consecuencia inmediata, diré más, por castigo, una especie de tristeza, un abandono aparente, durante el cual el alma se ve privada de toda dulzura espiritual.

Otra observación, estas tus penas ¿no podrían provenir también de un encogimiento, de una mezquindad, por decirlo así, de sentimientos; de una piedad, en fin, demasiado personal? Cuando comulgues, y en general cuando ores, piensa más en los otros que en tí. La caridad te hará mucho bien. Tu corazón se ensanchará á medida que te ocupes de la salvación de tus hermanos, de la conversión de los pecadores y de los intereses de la fe. Al rogar por tus semejantes se te despertarán unos sentimientos y una atención que no tenías cuando pensabas exclusivamente en tí solo.

Por último, debes saber que ese tedio, ese hastío y disgusto por las cosas del alma son casi siempre una tentación. Viendo el maligno espíritu que no puede atacarte de frente, se venga hostigándote incesantemente para que el cansancio te obligue á abandonar la buena senda. Sé más astuto que él: él quiere desalentarte no dándote punto de reposo; mantente, pues, firme y tranquilo, que no se hará esperar mucho el tiempo de la paz y de los dulces consuelos.

VIII

¿Cómo he de atreverme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas?

¿Y piensas que serás mejor cuando comulgues menos?

Si tomando el ordinario alimento tus fuerzas desfallecen, ¿qué será cuando no comas nunca, ó casi nunca? En lugar de ser débil, te morirás de hambre. Absteniéndote de comer el Pan de los fuertes, centuplicarás tu debilidad y tendrás que llorar, no ya ligeras faltas como ahora, sino caídas gravísimas, pecados mortales. «Cada día pecco, decía San Ambrosio, citado por Santo Tomás; cada día pecco, luego cada día necesito tomar la medicina: *Quotidie pecco, quotidie remedio indigeo.*»¹ Y en otro lugar: «Este Pan de cada día se toma como remedio de las flaquezas de cada día.»²

Esto es lo que la Santísima Virgen dijo un día á Santa Francisca Romana, muy afligida y turbada por los pocos progresos que observaba en sí á pesar de sus Comuniones. «Hija mía, díjole con ternura, las faltas que cometes no deben ser parte para que te absten-

¹ Sum. III, part., quæst. 80, art. 10.

² Iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidianæ infirmitatis. (S. Ambros., lib. IV, de Sacra. Catech. Rom.)

gas de presentarte á la sagrada Mesa; muy al contrario, deben excitarte más y más á participar del convite celestial, porque en él encontrarás el remedio á todas tus miserias.»

Es verdad que la Comunión nos preserva de caer en el pecado mortal, pero también lo es que ni aun la cotidiana nos hace *impecables*. Mientras estamos en la tierra cometemos pecados, de manera que se puede decir muy bien que los mejores de entre nosotros no son, en último resultado, sino los menos malos. Sufrámonos, pues, á nosotros mismos, ya que Jesucristo nos sufre.

Así lo han hecho todos los Santos; así lo hacían los primitivos cristianos, los cuales, á pesar de que comulgaban cada día, eran sin embargo tan débiles como nosotros. Porque yerran grandemente los que se figuran que eran todos santos: los escritos de los Apóstoles y los documentos que nos quedan de los primeros siglos de la Iglesia prueban sobradamente lo contrario.

En efecto, San Pablo no escribe carta en que no eche en cara á muchos de ellos «sus divisiones, su inconstancia, su ingratitude y sus negligencias.» San Cipriano se queja amargamente de las debilidades y flaquezas de los cristianos de Cartago. San Agustín y otros escritores eclesiásticos hablan también de las miserias en que caían los fieles de sus días. Luego, no todos los primitivos cristianos eran santos, y sin embargo, repito que comulgaban cada día. El Pa-

pa San Anacleto, citado por Santo Tomás de Aquino, nos dice que esta regla venía directamente de los Apóstoles: *Si et Apostoli statuerunt*, y que tal era la doctrina de la Iglesia romana: *et sic sancta tenet Romana Ecclesia*.¹ Esta decretal forma parte de las Constituciones apostólicas, las cuales, según el común parecer de los teólogos de más nota, se remontan por lo menos al siglo II.

La Comunión cotidiana no les hacía, pues, impecables; pero sí les daba fuerzas para no caer en muchas faltas graves, infundía á muchos de ellos virtudes heroicas, y les hacía llegar á un incomparable grado de perfección y santidad.

Lo mismo nos sucederá á nosotros. Aunque no nos haga perfectos, la sagrada Comunión destruirá poco á poco nuestros defectos, y nos hará crecer insensiblemente en piedad y sabiduría del cielo.

No te admires de que semejante transformación no se haga en un día. ¿Cuántos años no se necesitan para que un niño llegue á ser hombre? ¿Vemos acaso cómo va creciendo? Y sin embargo, por un trabajo continuo é insensible, aunque no menos real por eso, trabajo al cual contribuye cuanto come y bebe, el niño crece cada día.

No te admires tampoco si vuelves á caer en las *mismas* faltas. La piedad y la Comunión perfeccionan nuestra naturaleza, no la destruyen; por con-

¹ *Const. apost.*, Summ., III part., q. 80, art. 10.

siguiente, aunque estemos sometidos á la acción santificante de Jesucristo, conservamos nuestra personalidad y el germen de nuestros defectos dominantes. Ese germen es el lado débil, el punto vulnerable, al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, harto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á tí mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideración de las faltas en que caes cada día; pues la Comunión te purificará y librárá de las mismas, como has podido ver más arriba que enseña formalmente el sagrado Concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos, aconsejar á todos los penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos los pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Por la misma razón Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *Suma* la tesis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cotidiana, dice: «que no *todos* los fieles indistintamente deben recibir cada día la sagrada Eucaristía.»

Reverencia y amor: tal es la conclusión práctica del Ángel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer

notar «que el amor y la confianza son preferibles al temor.»¹ No olvidemos nunca esta preciosa máxima, y obremos en conformidad con ella.

IX

Comulgando á menudo, temo escandalizar
á las personas que me conocen

¿Hablas de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por más que observe algunas prácticas de religión? Sabes también como yo qué caso se debe hacer de sus críticas. Deja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes son casi un elogio.

¿Se trata, por el contrario, de personas piadosas? puedes estar seguro de que no las escandalizarás viéndolo como corresponde á un cristiano que lo sea de veras. ¿Sabes que es lo que escandaliza en una persona que comulga á menudo? ¿Sus comuniones? No por cierto, sino su negligencia y flojedad en reprimir su mal génio, en conformar su vida ordinaria con las prácticas religiosas á que se dedica: lo que escandaliza son sus impacencias, sus murmuraciones, sus glotonerías, el regalo con que se trata, las exajeradas

¹ *Amor et spes præferuntur timori* (3^a, part., quæst. 80, art. 10).

precauciones, que toma por conservar su salud, y finalmente, esa multitud de defectos que pasan de imperfecciones, defectos que no pueden escapar á las miradas de una conciencia algo solícita de su santificación.

Si, lo que Dios no quiera, te reconocieses en este retrato, sería necesario que aplicases sin demora un remedio eficaz á este mal que es muy real. Convenría, no que dejases de comulgar, sino que te armas de mayor decisión para llevar una vida más santa y digna de nuestro Señor Jesucristo.

Ya sé que, hasta entre los buenos cristianos, hay personas tan poco ilustradas que se escandalizan de niñerías. Sin dejar de evitar lo que pueda darles un motivo más ó menos fundado de escándalo, no debes preocuparte demasiado de lo que dirán; pues por más que hagas no lograrás contentar á todo el mundo. Procura agradar á Dios; proponte un fin recto y honesto en todo lo que hicieses, acepta con humildad los diversos juicios y apreciaciones que tu conducta merezca á las personas honradas, y aprovéchate de ellos si es posible, para enmendarte. Cuando tengas alguna duda, dirígete á un sacerdote ilustrado y práctico en las vías del Señor, consúltale con sinceridad, y sigue sus consejos.

Este era también el sentir del sabio y piadoso Fenelón, que tan alto proclamaba la utilidad y conveniencia de la Comunión frecuente. « Debemos acostumbrarnos, decía, á ver fieles que cometen pecados

veniales, á pesar de sus sinceros deseos de no cometer ninguno, y que no obstante, comulgan con fruto cada día. No deben causarnos tanta extrañeza y espanto las imperfecciones que Dios permite en ellos para hacerlos más humildes, que no veamos al mismo tiempo las faltas más graves y peligrosas de que les preserva este remedio cotidiano.

« ¿Por qué hemos de escandalizarnos al ver á buenos y virtuosos seculares que, para alcanzar más completa victoria sobre sus imperfecciones y resistir mejor á las tentaciones de un mundo corrompido y corruptor, se alimentan del Pan de los fuertes, de aquel Pan que, bajado del cielo, es fuente purísima de toda perfección y santidad? »

« Despreciad los juicios de reformadores siempre dispuestos á escandalizarse de cualquier cosa y á criticarlo todo; seguid más bien los consejos de un director experimentado que os trace el verdadero camino *según el espíritu de la Iglesia.* »

Vigila, pues, cuidadosamente sobre tí mismo: guárdate tanto de los escrúpulos como del relajamiento; renueva cada día tus buenos propósitos y prescinde todo lo posible del *qué dirán.*

X

Comulgando á menudo disgustaría á mi familia

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por tí? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarías por eso de hacerlo?

No hay duda que son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de familia, pero siempre y cuando la familia no se meta si no en lo que le concierne. Sé muy bien que, hasta cierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un limite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, más que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdicción de la familia, lo mejor es dejar la resolución de este grave y delicado caso de conciencia al juicio de la Iglesia y de sus ministros.

La sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuanto más á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de día en día; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última en sacar provecho de tu per-

feccionamiento, se guardará muy mucho de criarte ningún obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los Santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y verás como por este medio consigues ver desvanecida muy pronto toda preocupación, ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitúa uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran apartarte de Él, valiéndose para esto de cuantos medios están á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de París, hombre profundamente indiferente en materias de religión y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre enviudado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educación sólida y profundamente cristiana. Apenas había cumplido los diez seis años su hija mayor, cuando tuvo á bien sacarla del colegio para en-